

MARGINALIDAD DE LA LITERATURA COLONIAL EN VENEZUELA

Alberto Rodríguez

Durante la década de 1970 se suscitó y promovió en diversas publicaciones una intensa revisión de los criterios utilizados como base en el trabajo analítico sobre la literatura hispanoamericana, destacándose principalmente la discusión sobre la necesidad de establecer relaciones pertinentes entre la teoría de la literatura y la crítica literaria 1. Desde entonces el progreso de aquellas discusiones se ha enriquecido notablemente, en parte por la diversidad teórico-metodológica de los investigadores, lo cual ha incentivado, a partir de las polémicas, las exigencias de rigor que van haciendo posible el surgimiento de algunos importantes niveles de operatividad en la práctica cognoscitiva de la literatura latinoamericana. Al margen de esos avances había quedado, sin embargo, la amplia y compleja problemática que ofrece nuestra historia literaria imposibilitada como consecuencia de sus diversas limitaciones- para escapar del descrédito creciente sufrido por la historiografía literaria a nivel mundial 2. El desprestigio de esa disciplina, lejos de ser casual, evidencia características coyunturales, especialmente cuando se advierten sus estrechas relaciones con los cambios que se están produciendo en la dinámica realidad contemporánea, en particular en el nivel de la conciencia social y en la búsqueda de científicidad que se adelanta en el campo de los conocimientos sobre literatura.

Ultimamente, enmarcada por la situación coyuntural aludida, la atención de los estudios literarios ha empezado a concentrarse en algunos problemas fundamentales que derivan de los distintos límites que presentan las actuales historias de la literatura latinoamericana 3.

Entre los obstáculos principales detectados en el discurso de la historiografía literaria de nuestra América se encuentran: la tendencia generalizada que adopta los modelos historiográficos europeos; la atomización o disgregación del conjunto literario latinoamericano, debido a la utilización de criterios regionales o temáticos; el mecanismo de las tentativas unificadoras, cuya falta fundamental radica en querer resolver la unidad mediante la yuxtaposición de las literaturas nacionales; el reduccionismo de pretensiones homogeneizadoras, que prescinde de la pluralidad étnica, lingüística, social y cultural, desconociendo su papel como factor distintivo que incide en la producción literaria.

Todas esas deficiencias aparecen involucradas, en mayor o menor grado, en el conjunto de las historias que pretenden dar cuenta de la producción literaria latinoamericana. Las consecuencias se proyectan en dos niveles principales: a) una selección de obras, autores y tendencias presentadas como la totalidad oficial de la literatura en América Latina; b) periodizaciones estructuradas a la manera de cronologías lineales, apoyadas en criterios genéricos, temáticos o generacionales. Ambas operaciones están marcadas por la arbitrariedad debido a su carencia de fundamentaciones teórico-metodológicas suficientemente sólidas tanto en el nivel de la epistemología del discurso histórico como en el de la teoría literaria.

A estas fechas parece haber un amplio concepto según el cual la historiografía literaria requerida en América Latina demanda una profunda transformación en sus bases epistemológicas, si se aspira a alcanzar para esa disciplina el estatuto científico perseguido en las investigaciones actuales.

De este conjunto de problemas que hemos reseñado han surgido recientemente algunos proyectos orientados hacia su posible resolución 4, pero ciertos obstáculos quedan todavía al margen. En esta última situación se ubica un área casi siempre soslayada, la literatura de la colonia, con todas sus dificultades específicas y comúnmente desgajada del proceso de la literatura latinoamericana.

Nos interesa pues, revisar algunas dificultades de la literatura de la colonia en dos instancias, una continental y otra sectorial que corresponde al caso de la literatura de la colonia en Venezuela, pero intentando asumir esta última como un segmento articulado en el proceso global de la literatura del continente

I

ALGUNOS PROBLEMAS DE LA HISTORIA LITERARIA COLONIAL

Desde hace años, los estudios sobre la literatura colonial de nuestra América son cada vez más abundantes, tanto los de carácter crítico monográfico sobre textos particulares como los ensayos históricos que se ocupan del conjunto, pero el inventario, cuantitativamente positivo, no permite todavía un balance de resultados cualitativamente capaces de modificar la situación de la literatura colonial en relación con el proceso integral de la literatura latinoamericana.

La literatura de la época colonial sigue siendo una especie de zona marginal de nuestra producción literaria, a pesar de que constituye la etapa en que el castellano empezó a forjarse como materia fundamental de una gran parte de nuestra expresión.

La falta de rigor predominante en los estudios de la literatura colonial se relaciona estrechamente con los problemas de la historiografía literaria latinoamericana que aludimos anteriormente, pero con el agravante de su

agudización, en algunos casos.

La primera dificultad que advertimos se sitúa en el nivel de las periodizaciones cuya configuración suele aparecer ajustada simétricamente a los modelos periodológicos europeos, orientada en un sentido cronológico puramente lineal y tomando en cuenta las corrientes literarias del Viejo Continente, para presentarnos grupos de autores que pertenecen al "Renacimiento", al "Barroco", al "Neoclasicismo" o al "Preromanticismo" 5. Ese es el caso de los estudios que sostienen sus respectivos desarrollos en esquemas generacionales, como los de Portuondo, Arram, Anderson Imbert y Rudolf Grossman, quienes a pesar de sus esfuerzos partieron de criterios externos a las peculiaridades literarias de los textos, y no lograron precisar los límites que determinan el conjunto, o sistema, de la producción literaria de la colonia, cuyas articulaciones internas lo diferencian de otros sistemas literarios, a los cuales se encuentra conectado en la perspectiva, más general, del proceso literario latinoamericano.

Cuando Grossman se refiere, por ejemplo, al "Renacimiento Latinoamericano", al que considera la "Etapa temprana" (1500-1630) de la literatura de nuestro continente, desplaza mecánicamente el concepto histórico de Renacimiento europeo y lo aplica a una realidad literaria distinta que, -por muchos esfuerzos de matización que se hagan para adecuarla a la idea de Renacimiento, válida para el conjunto metropolitano-, siempre resultará sometida a una especie de homología que obstaculizará la percepción de los rasgos específicos de ese período de la literatura colonial, presentando como apéndice, o continuidad lineal y homogénea, de la literatura de la metrópoli.

Otra dificultad digna de tomar en cuenta está en los criterios regionalizadores, utilizados por historiadores de la literatura hispanoamericana, como Raimundo Lazo 6, quien dedica diferentes apartes de su estudio a la explicación de la "literatura mexicana colonial", "la literatura peruana colonial", "la literatura chilena colonial", "la literatura boliviana colonial", etc. Mediante ese procedimiento, Lazo traslada hasta la colonia las denominaciones nacionales, de los diversos países hispanoamericanos actuales, para referirse a la literatura de una época en la cual no existían tales realidades geopolíticas de manera definida, con lo cual se desdibuja el estatuto colonial de aquella producción literaria que, además, pierde su coherencia al presentarse dispersos y aislados todos sus componentes.

Un problema diferente plantean algunas historias literarias en las cuales se ha tratado de explicar la literatura colonial como si ésta fuese otra cosa que una yuxtaposición simple de correlatos, paralelos a la historia evenemencial 7.

Sometidos a ese criterio, los textos coloniales en conjunto se tornan susceptibles de ser organizados y explicados a partir de supuestos que descuidan la autonomía relativa del proceso literario, a raíz de lo cual el volumen de enunciados que formalizan la literatura colonial no es considerado como parte constitutiva de las prácticas sociales de aquella época.

En el desarrollo de ese tipo de enfoque, la literatura de la colonia es vista como una colección de documentos históricos a los cuales se les concede, a veces, algún interés filológico, mientras que se obvia impunemente su articulación social específica cuya presentación -aún desde una perspectiva fundamentalmente histórica- debería apoyarse en "la convergencia de una historia de la civilización material y de una historia de lo mental colectivo" 8, cuya manifestación es prioritariamente posible en el nivel de la expresión lingüística, materialidad que permite la legibilidad de los textos. Sobre la correlación de la literatura con la vida social, el conocido trabajo de Yuri Tinianov, "De la evolución literaria" (1929) explicaba: "La vida social posee numerosos componentes con diversos aspectos y sólo la función de estos aspectos es específica para ella. **La vida social entra en correlación con la literatura ante todo por su aspecto verbal.** Lo mismo ocurre con las series literarias puestas en correlación con la vida social. Esta correlación entre la serie literaria y la serie social se establece a través de la actividad lingüística, la literatura cumple una función verbal con respecto a la vida social" 9.

Estrechamente relacionado con este último asunto existe también un prejuicio que en la poca y deficiente atención que se presta a la literatura colonial entre los lectores contemporáneos, cuya única guía suelen ser las historias de la literatura que venimos comentando. Nos referimos al prejuicio que contempla a la literatura de la colonia como "cosa del pasado". Sobre este tipo de actitudes de lectura debería hacerse un extenso estudio, pues se trata del complejo problema de la recepción de una literatura que, en el caso de la colonial, es particularmente diverso. Por ahora, es útil acudir a un artículo de Bajtín titulado "Literatura, cultura y tiempo histórico" (1970), en el cual aparece una sugerencia de particular validez para el estudio de la literatura colonial: "En cada cultura del pasado se hallan enormes posibilidades de sentido que quedaron sin ser captadas por la conciencia y aprovechadas en el transcurso de toda la vida histórica de la cultura dada" 10.

No se puede pues encerrar la cultura de la colonia dentro de su época, como si se tratase de una cultura definitivamente muerta. Lo mismo puede plantearse, particularmente, respecto de la literatura colonial cuyo conjunto de crónicas, poemas, obras dramáticas, y textos diversos, se ha ido incrementando con el hallazgo y publicación de nuevos documentos que son portadores materiales de sentido, a veces capaces de imponernos correcciones en nuestras concepciones, y hasta de exigirnos verdaderas reestructuraciones de las mismas.

Los problemas fundamentales reseñados constituyen los principales factores que han convertido en un corpus estático a la literatura colonial, que es ofrecida -por efecto de la mediatización ideológica 11 que impone los criterios selectivos empleados- como un recargado archivo de datos superpuestos en obsequio a la erudición pero no en función del conocimiento orgánico de la evolución literaria de América Latina.

Vistas estas limitaciones de nuestra historiografía literaria, en lo tocante

a la literatura de la colonia, se evidencia la inminente necesidad de vincular el conocimiento de ésta a las nuevas perspectivas de desarrollo que están abriendo la teoría literaria, la crítica literaria y la historia literaria en Latinoamérica, cuyos propósitos no son otros que vulnerar los modelos colonizantes que durante mucho tiempo han regido las aproximaciones cognoscitivas a nuestra cultura, y en particular a nuestra literatura, para adelantar científicamente una visión liberadora, más auténtica, de las mismas. "Pero esta función no puede cumplirse plenamente mientras se siga trabajando a partir del catálogo oficial de nuestras letras elaborado por el gusto tradicional. Es urgente y necesario leer de nuevo, y no sólo leer lo que nos presenta ese Catálogo sino también aquellos textos y autores que han sido marginados de él, investigar en el campo empírico de la producción literaria, de la actividad cultural, para actualizar y hacer nuestro ese conjunto de obras que por haber sido escritas a contrapelo del "buen gusto" dominante quedaron excluidas del parnaso burgués y exquisito" 12.

Cumplir cabalmente esa tarea en lo concerniente a la literatura colonial no ha sido posible todavía debido a la ausencia de una profundización teórica sobre la confrontación, los objetivos y las funciones de la historia literaria, lo cual impide captar la importancia de la producción literaria de la colonia como parte integrante del proceso evolutivo de la literatura latinoamericana. Los rasgos específicos de la literatura colonial sólo podrán delimitarse reconociéndola en sus diferencias contrastivas con las literaturas que la precedieron, respecto de las cuales representó una violenta ruptura, y comparándola con la literatura de la época republicana, que delimitó cambios significativos. Este último aspecto ha sido abordado en las historias literarias de manera general, pero el problema de la ruptura, que es el hito predominante que establece la fundación de la literatura colonial, permanece inexplorado.

La opción que proponemos puede contribuir al cumplimiento de la compleja tarea de evidenciar el orden latente de la literatura colonial, cuya significación depende necesariamente de sus relaciones de oposición en el aspecto histórico o diacrónico, y en la propia sincronía del conjunto literario colonial, dentro del cual se pueden observar oposiciones entre textos y series de ellos 13. Si este procedimiento resultase operativo, podría obtenerse el conjunto ordenado de la producción literaria colonial, es decir, su sistema literario, organizado según sus propias leyes internas y diferenciado de otros sistemas, lo cual permitiría mostrar de manera pertinente sus especificidades, y las funciones que la articulan en el proceso social.

Con esta proposición se intenta superar el ordenamiento tradicional de la historiografía literaria de la colonia, caracterizado por una perspectiva plana y homogénea que omite la compleja diversidad de expresiones literarias derivadas del multilingüismo y de la pluralidad socio-cultural de nuestro continente. En síntesis, se busca superar la perspectiva histórica que muestra un catálogo aparentemente total, organizado según los criterios históricos y literarios

dominantes en la metrópoli, desarticulado del proceso que impuso la **situación colonial**.

Las literaturas coloniales en la América Española. De la ruptura al cambio

En las descripciones del proceso histórico-literario de América Latina es frecuente encontrar la utilización del concepto de la **colonia** manejada con una indefinición tal que, en lugar de dar cuenta cabal del mismo, lo desemantiza y lo transforma en una vaga noción que entorpece las posibilidades de articulación de la época colonial con las demás etapas del proceso. Esta limitación nos impone la necesidad de hacer una síntesis de los rasgos más significativos del status colonial en lo que corresponde a sus perspectivas culturales y en especial literarias.

1. La conquista española de América representó sin duda el primer paso de un proceso de sometimiento que se completó con la colonización y llegó a afectar todos los niveles de la vida americana. La misma Europa experimentó cambios importantes, tanto en lo material como en lo relativo a la visión del mundo.

La América autóctona, y autónoma hasta entonces, se convirtió por efecto de aquel proceso en la América española, marcada por el peso histórico de la subordinación. Aquel status impuesto surgía de la sustitución paulatina (que no llegó a ser absoluta) de las formas de organización indígenas, reemplazadas por las instituciones económicas, políticas, sociales, religiosas y culturales en general, que podían concebir los conquistadores y colonizadores en el marco de referencias que les ofrecía su sistema de valores, regido por las creencias del catolicismo, por el modo de vida que caracterizaba a la España de entonces y por las posibilidades de formalización del pensamiento que imponía el castellano.

Una situación colonial se caracteriza siempre por un conjunto de rasgos que son inherentes a ella, y éstos se cumplieron todos en el caso de la experiencia colonial americana: la dominación militar, política, económica y religiosa, proyectada de modos particularmente opresivos en los niveles social y étnico, se expresaron en el plano cultural mediante el marginamiento o la aniquilación de las formas culturales de los colonizados.

Como consecuencia de la dominación hispánica se dio en nuestra América una coexistencia desigual y heterogénea que favorecía en todos los sentidos a la cultura conquistadora, la cual detentaría un poder estructural sobre el conjunto diverso de las culturas dominantes. "Una cultura conquistadora -explica Saúl Sibirsky- puede definirse como artificial, "estandarizada", "simplificada", o ideal cuando existe un plan teórico previo que pretenda dar una fisonomía particular a la nueva cultura, determinada por los deseos de la cultura externa, invasora. Depende su consecución del control militar y político de la cultura invasora, y de que ese poder se utilice para conformar los patrones deseados por los invasores" 14.

La implantación progresiva del orden colonial español, desde la conquista,

representó para América un violento impacto que en líneas generales ocasionó una inegable discontinuidad en todos los órdenes de la existencia aborígen. En el aspecto cultural el impacto fue particularmente contundente. Pedro Henríquez Ureña lo explicaba señalando que "la conquista decapitó la cultura del indio destruyendo sus formas superiores (ni siquiera se conservó el arte de leer y escribir los jeroglíficos aztecas) respetando sólo las formas populares y familiares. Como la población indígena y numerosa, diseminada en exceso, sólo pudo quedar íntegramente incorporada a la civilización de tipo europeo, nada llenó para el indio el lugar que ocupaban aquellas formas superiores de cultura autóctona" 15.

A pesar de la diversidad de esos hechos, demostrados en diversos estudios, cuando se ha tratado de abordar la literatura colonial de la América hispana como objeto de conocimiento se ha usado el término colonial como si estuviese referido exclusivamente a aspectos temporales y espaciales estáticos o neutros. Es decir, se entiende el calificativo de colonial solamente en el marco de sus límites cronológicos (finales del siglo XV a comienzos del XIX) y geográficos (dominios territoriales de España en América), sin que lleguen a establecerse articulaciones coherentes y pertinentes entre los rasgos caracterizadores de la experiencia colonial y su presencia en la producción de textos literarios.

2. Es cierto que el fenómeno colonial no es de suyo un problema literario pero, sin embargo, hay que aceptar que se relaciona con esa problemática al implicarse en las complejidades significativas de los textos. El concepto de colonia es más amplio de lo que aparenta en las historias literarias, pues rebasa los límites cronológicos y geográficos hasta hacerse muchos más complejo en sus implicaciones culturales e ideológicas.

En los estudios histórico-literarios de América Latina se ha impuesto durante años una óptica predominantemente hispanizante cuya mediación ha manipulado la literatura colonial de tal manera que ésta se nos muestra "simplificada", "estandarizada", según el modelo ideal del sector conquistador, el cual privilegiaba la lengua castellana y la escritura en caracteres latinos como únicas alternativas para la producción literaria en sus dominios americanos. Para el sector dominante la literatura debía estar escrita en su grafía y en su lengua, según sus gustos y ajustada a su ideología 16.

Gran parte de la literatura colonial que se divulga obedece a esos criterios. Es por eso que su producción, su circulación, su consumo y sus funciones, o modos de inserción social, se muestran estrechamente ligadas a las características de la literatura producida en la metrópoli. En primer lugar el nexo era lingüístico-grafemático, pero también se manifestaba en los recursos expresivos, en los temas, en los géneros y en las concepciones del mundo que éstos comunicaban. Debido a esas determinaciones se generalizó por algún tiempo el criterio de considerar las literaturas coloniales de América como apéndice de las literaturas metropolitanas.

La literatura colonial del Brasil, igual que la literatura de la América española, atravesó la misma situación, según lo explica José Aderaldo Castello

en su libro **Manifestações literárias do período colonial**: "Foi nos imposto ou transmitido com acentuado exclusivismo um conjunto de tradições e instituições do país-metropole, ao mesmo tempo que a tendência geral era não reconhecer valores autóctones o de impedir a formação e expansão de espírito oposto a mentalidade do colonizador" 17.

3. Paradójicamente aquellas imposiciones se llevaron a cabo muchas veces mediante el uso de las lenguas naturales aborígenes 18, que manipuladas por los "conquistadores espirituales" se convertían en lenguas de dominación puesto que les servían a los propósitos de implantar el nuevo orden penetrando en la mentalidad y en la conducta cotidiana de los indígenas. Para regir la vida pública estaba destinado el castellano, la lengua que gozaba de prestigio y en la cual se ejecutaba el programa colonial en sus aspectos jurídicos y administrativos. Las lenguas aborígenes, comúnmente consideradas "bárbaras" 19, eran las de uso familiar, amistoso y afectivo. Este proceso lingüístico fue muy complejo, y no podemos ocuparnos de él aquí, pero vale la pena mencionar que para la sociolingüística actual el castellano, dentro del contexto colonial que venimos revisando, es una lengua opresora, mientras que las lenguas aborígenes son idiomas oprimidos. Así lo caracteriza el sacerdote y lingüista boliviano Xavier Albó, quien hizo un esfuerzo notable por dar una explicación causal que llegase a la raíz del problema: "debido a determinadas circunstancias históricas, grupos humanos de cierta lengua y cultura han quedado dominados y oprimidos por grupos de diversa lengua y cultura, compartiendo ambos una misma estructura social global asimétrica. (...) Los casos más claros son los de conquistas (...). Tras la conquista, el resultado paulatino es que la cultura de los grupos conquistados, aunque conserva su autonomía en muchos aspectos, pierde su independencia radical, sobre todo a nivel político, y poco a poco va perdiendo otros muchos elementos. Sus estructuras económica, social, religiosa, expresiva y axiológica, a pesar de sus notorias peculiaridades, van quedando reinterpretadas en función de la nueva situación de dominación en que han quedado enmarcadas" 20.

Desde los remotos tiempos de la colonización española, los aborígenes americanos estuvieron conscientes de los problemas que comportaba la opresión lingüística, y de ello quedan importantes testimonios en textos como los **Libros de Chilam Balam**, de los cuales hay una recopilación de singular interés en el llamado **Códice Pérez** 21, donde la preocupación maya por la supeditación de su lengua y su escritura es frecuente. Citaremos algunos fragmentos demostrativos: "Aparece otro idioma", "decae el idioma", "se deja el idioma", "se cambiará el idioma", "habrás perdido tu ciencia, tu escritura; tu historia será recogida como basura", "los hombres blancos barbados serán tus amos, tus hermanos, y vas a emparentar con ellos, a vestir su traje, a hablar su idioma, y a comerciar con la guerra".

Ese mismo nivel de conciencia lingüística motivó entre los aborígenes de distintas regiones americanas la producción de una literatura de resistencia que les permitiera conservar su lengua y sus tradiciones expresivas, poéticas

y narrativas, soportes de unos valores étnico-culturales que reclamaban su derecho a la sobrevivencia. Esa literatura elaborada en las lenguas indígenas permanece aún fuera del inventario institucional de la producción literaria latinoamericana, segregada bajo la condición de literaturas oprimidas, cuya heterogeneidad conflictiva con respecto a la norma literaria metropolitana no ha sido admitida todavía por la mayoría de los historiadores de la literatura del continente.

En el momento de su producción las literaturas oprimidas de la colonia, variables de región a región, fueron prohibidas expresamente por leyes de la época, al igual que fueron prohibidos los medios usados para su conservación y hasta los centros de enseñanza donde se las difundía oralmente 22. Un ejemplo, entre varios posibles, está en los textos de las Ordenanzas emitidos por el Virrey Mendoza en 1546, en México. La Ordenanza Nº 33 dice: "ni ellos [los indígenas] traigan insignias ni divisas que representen sus cosas pasadas, ni canten los cantores lo que solían y acostumbraban en sus tiempos cantar, sino los que les son o fuesen enseñados por los religiosos, y otros que no sean deshonestos, so pena de cien azotes por cada vez que fueren o pasaren, contra el tenor de lo susodicho..." 23.

Prohibiciones semejantes las hubo en las diversas regiones de América.

Ese tipo de restricciones revela que en el campo particular de la literatura como en las demás esferas de la vida social americana, también se produjo una discontinuidad, la de los sistemas literarios aborígenes, la cual -por ser evidentemente más drástica- será preferible considerarla como una **ruptura**, pues en la medida en que las prohibiciones y condenas bloqueaban el desarrollo fluido de las literaturas aborígenes, se iba institucionalizando la producción literaria en castellano, que asumió la hegemonía en el nuevo orden, pero "no pudo avasallar sino coexistir con las bien desarrolladas lenguas nativas que siguen hablándose hasta hoy" 24.

En la diversidad de las literaturas de la colonia están envueltas diferentes formas de expresión, según el multilingüismo de la época, por lo cual no debemos reducir la literatura colonial a la hecha por los colonizadores, pues se corre el riesgo de validar la arbitrariedad cultural que se ha cometido con las literaturas elaboradas en lenguas oprimidas.

Sintetizando. La literatura colonial en América se caracteriza:

a) por la **ruptura** que representa respecto a los sistemas literarios aborígenes, de los cuales se diferencia estructuralmente, tanto en los planos de expresión como en sus contenidos.

b) Por su heterogeneidad conflictiva, dentro de la cual coexisten por lo menos los sistemas opuestos signados por la subordinación: 1) la literatura en castellano, ligada a la evolución de la norma literaria metropolitana, y 2) las literaturas en lenguas indígenas, sobrevivencias de las prehispánicas, condenadas a la marginalidad, en favor de la literatura de conquistadores y colonizadores.

Falta estudiar, con el rigor sistematizador que ella demanda, la literatura diglósica, recogida en escrituras como la **Nueva corónica y buen gobierno**, de Guamán Poma de Ayala, que enriquecen la pluralidad literaria de la época colonial.

Igualmente, faltaría todavía la documentación ordenada de las literaturas afroamericanas, que -de existir como sistema en algunas regiones- ampliaría el margen de complejidad de las literaturas coloniales.

Estas observaciones quizás podrían introducir un matiz fundamental en criterios como los expuestos por Roberto Fernández Retamar quien, refiriéndose a la literatura de la colonia en general, afirmaba que "le es aplicable la teoría que con pleno derecho corresponde a la literatura metropolitana" 25, lo cual no parece orgánicamente operativo en la situación actual de los estudios sobre la literatura colonial.

Otro hito con respecto al cual se debería enfocar la literatura colonial para deslindar sus especificidades está en el surgimiento de las literaturas nacionales, con las cuales sobrevinieron cambios significativos en el proceso de la literatura latinoamericana. Tales cambios decidieron rasgos de oposición frente a la literatura de la colonia, por lo que un estudio comparado de ambos sistemas podría aportar conclusiones de particular interés para el esclarecimiento de ambas etapas del proceso literario de América latina.

II

LA MARGINALIDAD DE LA LITERATURA COLONIAL EN VENEZUELA

La historia de la literatura venezolana, como otras historias literarias nacionales del continente, presenta un conjunto de problemas sin resolver 26, lo cual debería ser una motivación suficientemente poderosa como para incentivar la necesidad de, por lo menos, ordenar la agenda de sus dificultades.

En un buen balance de la historiografía literaria venezolana, no resulta difícil percibir el aislamiento de nuestra literatura con respecto al conjunto de la literatura latinoamericana, lo cual disminuye evidentemente su participación en ese contexto. Esto no es sino el efecto de la perspectiva puramente regional de las historias literarias venezolanas en las cuales se asume el proceso de la producción literaria como si se tratase de un devenir absolutamente independiente. Este último criterio ha influido en el modo de organizar la selección y la sucesión en el tiempo de los hechos literarios, los cuales aparecen situados en un panorama lineal, homogéneo y a la vez esquemático, que configura el inventario oficial, estático, de la literatura escrita en castellano en los centros urbanos de más prestigio en Venezuela, descontando las producidas oralmente entre los sectores populares y entre los sectores aborígenes de expresión nativa. Estas omisiones ponen en duda la validez de las perspectivas unitarias ensayadas, precisamente porque privilegian las formas

literarias heredadas de las literaturas europeas y segregan la diversidad que existe entre las literaturas cuya construcción no participa del gusto dominante, tributario de criterios euro-céntricos desde las primeras décadas del siglo XIX.

Expuestas a grosso modo, esas son algunas de las dificultades principales que plantea la mayoría de las historias literarias nacionales en América Latina, incluidas las de Venezuela, pero en éstas últimas se advierten, además, otros factores de naturaleza diferente que inciden en su periodización, de la cual se ha excluido casi siempre el segmento correspondiente a la época colonial.

Puede decirse, sin que haya lugar a equívocos, que la debilidad de nuestra historiografía literaria está en los criterios que se han empleado como presupuestos para la organización de su discurso.

Cobra ahora mayor vigencia e importancia una afirmación hecha en 1906 por Gonzalo Picón Febres, en la cual éste señalaba que "aún no se ha escrito la historia crítico-filosófica de la literatura [venezolana]". Apuntaba a la ausencia de "un criterio" ajustado a la realidad de nuestra literatura, que fuese capaz de estimularla y enseñarla adecuadamente. La crítica de Picón Febres era más precisa aún: "Los ensayos que se han publicado hasta la fecha, o son demasiado sintéticos, o resaltan con frecuencia por la parcialidad en los juicios, o reparten el favor a manos llenas, o carecen unas veces de reflexión madura, u otras adolecen de mezquindad o de ignorancia" 27. Desde aquel entonces hasta ahora ha habido esfuerzos meritorios en lo que concierne al acopio informativo, no así en el nivel de los criterios de organización histórico-crítico, donde se ha avanzado muy poco.

Literatura nacional / Literatura colonial

1. El criterio fundamental que ha venido operando en el establecimiento de la historia literaria de Venezuela ha sido el que habilita la relación entre nacionalidad y literatura. Con base en el mismo se ha estructurado un corpus de relativa autonomía y coherencia cuyo propósito ha sido objetivar un conjunto unitario. Sostenida sobre esa base, la idea de literatura nacional es imprecisa y difusa, por lo que sirve más como proyecto ideológico para la homogeneización política que como categoría analítica válida para el estudio de una literatura. Al respecto escribió Mariátegui en 1928: "El florecimiento de las literaturas nacionales coincide (...) con la afirmación política de la idea nacional", a lo que agregaba, "El 'nacionalismo' en la historiografía literaria es, por tanto, un fenómeno de la más pura raigambre política, extraño a la concepción estética del arte". Más adelante, afinando el carácter teórico de su planteamiento, decía Mariátegui: "En la historiografía literaria, el concepto de literatura nacional del mismo modo que no es intemporal, tampoco es demasiado concreto. No traduce una realidad mensurable e idéntica. Como toda sistematización, no aprehende sino aproximadamente la movilidad de los hechos. (La nación misma es una abstracción, una alegoría, un mito, que no corresponde a una realidad constante y precisa, científicamente determinable)" 28.

La tarea de organizar la producción literaria de Venezuela en una literatura nacional ha tropezado con los escollos enunciados por Mariátegui, particularmente con tres de ellos:

- a) Se fija mecánicamente como punto de partida de nuestra literatura la situación coyuntural en que Venezuela empieza a consolidar la idea nacional, a comienzos del siglo XIX, es decir, en unas condiciones a las que sería aplicable el conocido razonamiento mantiano según el cual "no hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana, hasta que no haya Hispanoamérica" 29. Adaptando esa reflexión al caso de la literatura de nuestro país, podía decirse que "no habrá literatura venezolana hasta que no exista Venezuela como nación independiente", quedando lógicamente excluida la literatura colonial. Ese es el planteamiento que se ha impuesto, y en torno al cual se hace necesario el debate, si se aspira a la construcción de un discurso histórico que registre el proceso dialéctico de nuestra evolución literaria.
- b) El proyecto de la literatura nacional venezolana asume un carácter fundamentalmente político-ideológico, en la medida que se plantea la validez de la literatura se la Independencia en tanto conjunto de hechos culturales que llenan el supuesto vacío que dejaba la colonia 30. Este tipo de argumentación va en favor de la cultura revolucionaria de inicios de XIX, pero impide observar los adelantos cualitativos de la entonces nueva literatura con respecto al sistema literario anterior.
- c) Los dos criterios precedentes son ajenos a las especificidades internas de la producción literaria, en ambos casos cercada mediante aproximaciones adyacentes que no penetran hasta su significación profunda, lo cual determina la falsa articulación de la literatura con el medio social donde se elabora. La literatura nacional enfocada de esa manera muestra una homogeneidad arbitraria, porque no revela la realidad de las variantes literarias internas (como la literatura popular oral, las literaturas indígenas y la literatura afrovenezolana) diferentes del modelo literario dominante 31. Un concepto de literatura nacional apoyado en los criterios reseñados auspicia el aislamiento de la literatura venezolana con respecto al proceso literario del resto de Latinoamérica, y la convierte en un compartimento delimitado por fronteras literarias, que disgregan también sus propias etapas internas previas a la fijación de la idea nacional.

Esos procedimientos, las relaciones que ellos guardan entre sí y sus vinculaciones con el objeto de estudio al que desfiguran, revelan los dispositivos ideológicos excluyentes en virtud de los cuales el sistema literario colonial es segregado del conjunto de la producción literaria elaborada en Venezuela. Como escribió José Antonio Castro, "El estudio de la

literatura venezolana no puede comprenderse como tarea ociosa, pues más allá de la cortinas imaginarias se encuentra el aparato ideológico, que no es a su vez algo surgido del mismo individuo, sino hecho complejo del que participa un estado de la sociedad, las clases sociales actuantes y la inclusión del escritor en un estrato definido" 32.

Entre las historias de la literatura venezolana hay algunos esbozos de los problemas que hemos planteado, y nos parece justo recordar en especial la *Literatura Venezolana* (1940), de Mariano Picón Salas, en cuya "Explicación inicial" había sugerencias opuestas al aislamiento de la literatura nacional, comentarios sobre la heterogeneidad interna del país y su dispersión, apertura de vías para una historia de la literatura venezolana que superara el mero "propósito informativo" y rebasara la "erudición muerta". En este sentido proponía a los historiadores "del futuro" la tarea de "buscar en el folleto perdido, en la hoja clandestina" la "otra cara", no oficial, de la cultura y de la literatura del país, porque consideraba necesario "recogerla en su dispersión". Directamente evidenciaba una conciencia lúcida de la heterogeneidad literaria: "... debería explicarse la literatura popular de Venezuela tal como puede recogerse en los cantos y en la poesía llanera; en los cuentos folklóricos, venidos algunos de España pero modificados por la fantasía mestiza; en el propio aporte que las razas diferentes -indios, blancos, negros- dejaron en nuestra imaginación colectiva" 33. Incluso manifestaba su interés por ciertos textos distintos de los géneros tradicionales, "que sin ser literatura artística han constituido alimento constante de la imaginación criolla", en lo que advierte una incipiente tendencia a la observación de los cambios ideológicos y formales que obligarían más tarde a reconsiderar la noción de literatura 34 en nuestros países.

Lamentablemente, aquel conjunto de intuiciones de Picón Salas no encontró ecos, y pasó desapercibido a los historiadores de la literatura que le siguieron.

En cuanto a la literatura colonial de Venezuela, Picón Salas es uno de los que se ha detenido en ella, pero lo hizo en una época en la cual no era posible desplegar su amplio proyecto de análisis histórico.

2. La ausencia de criterios historiográficos pertinentes en los estudios de conjunto sobre la literatura venezolana impuso en la práctica el soslayamiento de la literatura colonial, que a veces fue excluida por completo de las antologías e historias literarias nacionales.

En 1892 Julio Calcaño escribió tajantemente que "La poesía no pudo ni podía aparecer con esplendor ninguno durante el régimen colonial" 35. Dos años más tarde, en su trabajo "La poesía lírica en Venezuela", Pedro Arismendi Brito declaraba en su engolada retórica finisecular su "escaso conocimiento de nuestra poesía anterior a la gloriosa guerra que nos separó de España" 36. A inicios de este siglo, en una conferencia leída en 1911, uno de los pioneros de la crítica literaria en Venezuela, Jesús Semprún, explicaba: "La literatura, arte que debe traducir y exponer con suma claridad el estado de ánimo de los pueblos,

sus costumbres y aspiraciones, no existía entonces, propiamente hablando. La Capitanía General era pobre, áspera, supersticiosa e iletrada (...) Las condiciones en que vivía la sociedad de la colonia no eran, además, propicias al desarrollo de ninguna rama literaria (...) Aquella sociedad no se preocupaba por problemas de índole ni remotamente artísticas ni poseía sensibilidad para gustar obras de arte" 37. Tres décadas después, Mariano Picón Salas publicó su **Literatura Venezolana**, escrita con mayor amplitud de criterios, donde no se percibe el matiz negador y descalificativo que se ha generalizado hasta nuestros días. Picón Salas mostró la existencia de una literatura colonial, pero se lamentaba de su escaso volumen. "Venezuela -decía- no tuvo una literatura colonial que pueda compararse, pálidamente, por lo menos por su volumen, con las de México, Perú o Nuevo Reino de Granada" 38. Uslar Pietri, bosquejando en un rápido balance la literatura de la colonia, contrastaba, en **Letras y hombres de Venezuela**, 39 la copiosa literatura utópica y testimonial del siglo XVI con el silencio del XVII, y asociaba con las tendencias continentales la del XVIII preindependentista, contribuyendo a ampliar la idea de evolución en nuestra literatura colonial que había aportado Picón Salas. Los compendios de Picón Salas y Uslar Pietri proponían un primer corpus provisional, cuyos rasgos predominantes lo acercaban a la literatura colonial del resto del continente, pero el esfuerzo no tuvo continuidad. Quizás la sordidez de la dictadura perezjimenista cerró el proyecto histórico literario que había abierto un compás de atención para la literatura colonial. Luis Beltrán Guerrero, en el aparte "Ismos de la Colonia", contenido en su ensayo "Itinerario de la poesía venezolana" 40, escribió: "Pobre es nuestra literatura colonial. Imposible compararla a la de México, el Perú o Nueva Granada (...) Pobre es nuestra poesía en la colonia". Se repetían las impresiones descalificativas que habían menospreciado la literatura colonial durante más de un siglo.

En la década de 1960 apareció **La antigua y moderna literatura venezolana** (1966) 41, de Pedro Díaz Seijas, el cual dedicó algunas páginas a cierta información general sobre la literatura de la colonia, pero sin incorporar nuevos aportes. La primera edición de ese libro se había difundido como manual de uso académico bajo el título **Historia y antología de la literatura venezolana** (1952) y no incluía nada sobre la literatura colonial.

Conscientes de muchas de las insuficiencias reseñadas hasta aquí, Efraín Subero escribió su ensayo "En torno a la literatura colonial y folklórica venezolanas" (1973) 42, que contiene el mejor repertorio informativo que existe hasta ahora. Ese trabajo, conjuntamente con la atractiva y extensa antología **Orígenes de la poesía colonial venezolana** (1970) 43, de Mauro Páez Pumar, constituyen las dos contribuciones más significativas, de obligada consulta, con que cuentan los estudios sobre la literatura de nuestra época colonial. El libro de Páez Pumar editado en un formato verdaderamente digno de su importancia, es una joya bibliográfica, y ha llegado en el momento oportuno para introducir un conjunto de elementos documentales que obligarán a la reconsideración de aquellos juicios que negaban la existencia de una literatura colonial en nuestro país.

3. No cabe duda que es últimamente cuando ha empezado a procirse una ostensible modificación de las perspectivas y actitudes de los estudios literarios venezolanos con respecto a la literatura colonial.

Ese cambio de enfoque no es, sin embargo, un efecto de la espontaneidad sino el resultado de la dinámica interna de la historiografía literaria del país, cuyo carácter institucional primero negó de plano la existencia de una literatura colonial, luego la presentó como una enumeración de textos disgregados -desconectados de la literatura nacional y latinoamericana-, hasta llegar a la coyuntura actual caracterizada por el esfuerzo de organizar los textos coloniales en un conjunto coherente, que garantice la posibilidad de integrar cabalmente el proceso general de la literatura de Venezuela. Este cambio de actitud pone de manifiesto cierto progreso en nuestros estudios historiográficos, pero a la vez formula nuevas necesidades.

No es posible incorporar la literatura colonial al conjunto literario de Venezuela y Latinoamérica si previamente no se estructura de modo orgánico el material empírico que la constituye, con base en el cual podrá abrirse el espacio donde pueda organizarse, sistemáticamente, su corpus 44. Cuando esa labor esté cumplida habrá que pasar a una segunda etapa -de mayor amplitud operacional- para vincular el nuevo corpus al eje temporal que ha trazado la evolución de nuestra literatura lo cual, seguramente, reforzará la nueva integración unitaria y la cohesión lógica de la literatura del país.

Esa doble operación podría contribuir a que la literatura venezolana fuese percibida en el futuro como un todo significativo, es decir, como un gran sistema literario, compuesto por sistemas menores y heterogéneos, entre los cuales deberá estar presente la secuencia colonial.

Quedan planteados, entonces, dos problemas prioritarios para el estudio del sistema literario colonial: El establecimiento del corpus y la periodización.

3.1. Hasta ahora, la historia literaria sólo ha registrado un material empírico incompleto compuesto por una selección de obras y autores, mediante la cual suministra cierta información de carácter general y homogéneo que pretende objetivar un catálogo de la literatura colonial. Esta apenas excede la suma de las escrituras de Colón, Juan de Castellanos, Fray Pedro Simón, Oviedo y Baños, y de algunos otros, que no gozan de iguales reconocimientos.

Esa selección de obras y autores no es casual. Tampoco obedece unilateralmente a los "gustos" particulares de los historiadores de la literatura, ni a la "calidad" de los textos. Lo que en realidad sucede es que los criterios de la selección y exclusión corresponden a un modelo mental internalizado 45, pocas veces consciente, que está guiado por una concepción dominante desde los tiempos de la independencia, según la cual la colonia habría sido prácticamente estéril en el ámbito de la literatura.

Aquel sistema de preferencias, hoy institucionalizado, no es más que la proyección del sistema ideológico vigente en el siglo XIX, en el cual se transparentaban el gusto y el nivel histórico de sensibilidad de los sectores sociales dominantes. Esas determinaciones ideológicas impusieron los criterios de selección y los modos de enfocar la literatura colonial. Tal mediatización impidió, durante años, que se vislumbraran alternativas capaces de ampliar el campo de estudio de esa literatura, de la cual quedaba silenciada una parte importante. De esa exclusión deriva directamente la necesidad de establecer un corpus verdaderamente representativo de la literatura colonial, en el cual se pueda ver con nitidez su organización en un sistema.

El corpus literario colonial, a pesar de que no se ha presentado así hasta ahora, se caracterizará por su pluralidad y su diversidad. En él deben incluirse tanto los textos de los conquistadores y colonizadores como los textos de los sectores sociales sometidos por la conquista y la colonización. (Aquí sería necesario recurrir al planteamiento sobre las lenguas y las literaturas oprimidas, expuesto en la primera parte de este trabajo, en el cual se sugieren posibilidades de articulación de la literatura de la colonia con respecto a la experiencia colonial en su conjunto).

El primer elemento que hay que reivindicar en el trabajo de estructuración del corpus de nuestra literatura colonial es la literatura del sector indígena. Al respecto proponía en una ponencia José Antonio Castro: "podríamos comenzar la historia de nuestra literatura venezolana con los testimonios de una cultura, la indígena, que fue nuestra primera víctima social en el hecho histórico de la conquista", para luego llamar la atención sobre la necesidad de tomar en cuenta "el lado marginal de nuestra historia literaria" 46. Poco después, el profesor güajiro Arcadio Montiel denunció, con plena propiedad etno-histórica, que quienes se han ocupado de la literatura venezolana "no han sabido englobar la base real de nuestra existencia como descendientes lejanos de culturas que tienen codificaciones literarias (...) nacidas en la entraña misma de esos pueblos" 47.

Prestando atención a esos reclamos, creemos que es hora de empezar un cambio de actitud hacia las literaturas indígenas y, en lo que concierne al corpus de la literatura colonial, debemos incorporarlas en la medida posible. La tarea conlleva un conjunto de dificultades, unas de tipo documental, otras de carácter teórico. Con respecto a las primeras, hay bastantes datos que no han sido aprovechados, o simplemente han pasado desapercibidos.

El padre Cesáreo de Armellada 48, por ejemplo, refería en una ponencia que el primer poema de indígenas venezolanos transcrito en caracteres europeos fue el que publicó Pedro Martir de Anglería, en sus *Décadas del Nuevo Mundo*, traducido al latín.

Efraín Subero en su trabajo "En torno a la literatura colonial y folklórica venezolanas" 49, da un repertorio de informaciones sobre crónicas, relaciones y trabajos lingüísticos de misioneros coloniales en los cuales se recogen diversos poemas, y otros textos literarios en lenguas nativas, que todavía permanecen fuera del proceso de la literatura de la colonia. El mismo Subero sugiere la importancia de tomar en cuenta las literaturas indígenas dentro del proceso literario venezolano cuando afirma, refiriéndose a las compilaciones editadas en los últimos años, que "de acuerdo a las leyes que rigen la literatura oral, son **piezas muy antiguas que han venido evolucionando y transmitiéndose** oralmente de generación en generación" 50.

Mauro Páez Pumar, por su parte, incluyó en su antología **Orígenes de la poesía colonial venezolana** 51 dos poemas de los indígenas de nuestros Andes. Ambos textos, por su contenido, revelan un impulso guerrero que se ajusta al carácter de la resistencia que aquellos aborígenes opusieron al invasor hispánico.

En cuanto a los problemas teóricos para el estudio de la literatura indígena de la colonia, uno se relaciona con el concepto de literatura a utilizar y el otro se refiere al multilingüismo y a la dispersión formal de los textos. Sobre la complejidad de los textos indígenas venezolanos escribió Mosonyi: "Las literaturas indígenas son obviamente diferentes entre sí y, con mayor razón, de cualquier variedad de la literatura venezolana criolla, de idioma hispano. Pero esa diferencia debe asumirse como una diversidad en la unidad dentro de un proyecto nacional pluricultural, en que cada grupo étnico habrá de contribuir activamente a nuestra compleja identidad como país y como continente" 52.

Así como existen textos aborígenes, existen también literaturas orales en castellano de los sectores afroamericanos y criollos de los cuales también deben quedar algunas muestras coloniales, cuyo rescate está planteado a favor de la ampliación del nuevo corpus.

La literatura del sector conquistador, de la cual se había marginado una parte muy considerable, también ha sido ampliada con la publicación de la antología de Páez Pumar, que incluye alrededor de ochenta poemas. Pero no es sólo la poesía la que está hoy mejor documentada que antes. También la narrativa colonial tiene una antología de importancia en el **Muestrario de historiadores coloniales de Venezuela** (1948) 53, de Joaquín Gabaldón Márquez. Si a todos esos textos se agregan las ediciones por separado de las crónicas de Aguado, Fray Pedro Simón, Fray Jacinto de Carvajal, Oviedo y Baños, Caulín, Giliij, y otros, más las **Elegías** de Castellanos, resulta imposible afirmar que no existió literatura en el período colonial venezolano.

3.2. Actualmente puede afirmarse que el material de la literatura colonial de Venezuela tiene un volumen considerable, porque es un espacio virtual amplio, pero aún falta desarrollar tareas historiográficas complejas, como la **sistematización** y la **periodización**.

En cuanto a la sistematización 54, o establecimiento de relaciones dinámicas de los textos coloniales (o conjuntos de ellos) entre sí, y con respecto al conjunto de la literatura nacional y latinoamericana, no se ha hecho prácticamente nada. Sobre esta carencia descansa la negación de que exista una literatura colonial en Venezuela, de la cual apenas se reconocen en la tradición historiográfica unos pocos textos dispersos, cuyas especificidades literarias no han sido suficientemente estudiadas.

En lo concerniente a la periodización 55, que consiste en descubrir las secuencias diferenciadas de una literatura en el proceso de su evolución, apenas se iniciado un debate, y sólo toca tangencialmente la literatura colonial.

En 1976, el profesor Gustavo Luis Carrera publicó su trabajo "Proposiciones para una periodificación de la literatura venezolana" 56. Insistía en la necesidad de abandonar la dependencia de los modelos periodológicos europeos cuyas matrices operativas pueden ser adecuadas a las especificidades estéticas y articulaciones sociales de las literaturas del viejo continente, pero carecen de aquella operatividad al aplicarlos a otras literaturas como, por ejemplo, la de nuestro país.

Carrera señalaba también que, parcialmente, se ha hecho depender la periodización literaria de la histórica: "se ha pretendido derivar unidad literaria de la unidad histórica. Por ello, cuando se habla de literatura colonial, o de la Colonia, de la Literatura de Independencia, de la Literatura de la Primera República, de la Literatura de la Federación, de la Literatura del Gomecismo o del Post Gomecismo, se aplican categorías históricas nacionales seguramente válidas pero inexpressivas en el sentido literario, y en ninguna forma referidos a verdaderos períodos en el desarrollo de la literatura venezolana. De ello se desprende que las peculiaridades "temporales" -medidas del tiempo y de su sucesión dinámica, y "factuales" -conceptualización y valoración de los hechos- de los esquemas de periodización histórica, se traducen en una significación singular que respalda el interés y su valor como elemento de necesario aprovechamiento, pero también en una relatividad particularizadora que los hace inadecuados o por lo menos incompletos con relación al desarrollo literario".

Después a esas objeciones a los modelos de periodización empleados hasta ahora, Carrera propuso uno nuevo con carácter tentativo, pero

excluyó la producción literaria de los siglos coloniales.

Mientras no se realice el análisis sistémico de la literatura colonial, mientras se continúe aplazando su periodización, esa producción literaria seguirá en las penumbras de nuestra historia cultural y -por el hecho de no estar articulada en un discurso historiográfico coherente- seguirá siendo inexistente. El reto está planteado, y en estos momentos, conscientes de la problemática expuesta, vemos en primer plano la necesidad de habilitar nuevos criterios teóricos y metodológicos que permitan el estudio riguroso del sistema literario colonial, para poder relacionarlo acudiendo a algunos conceptos de relativa precisión con los textos de otros horizontes literarios.

Si se lograra definir el sistema de nuestra literatura colonial mediante el establecimiento de sus cambios internos, y de los cambios que lo diferencian de los sistemas limitantes, estaríamos colaborando en la apertura de una nueva percepción del conocimiento histórico literario del país, pero sin desligarlo del que se adelanta en diversos centros de nuestro continente y del mundo.

Caracas-Mérida, 1982.

NOTAS

- 1** Carlos Rincón "Para un plano de batalla de un combate por una nueva crítica en Latinoamérica". *Casa de las Américas* (La Habana) 11 (67): 39-60, jul'-agosto 1971. En 1972 Roberto Fernández Retamar presentó en Royaumont su ponencia "Para una teoría de la literatura hispanoamericana", publicada posteriormente en *Araisa* (Caracas) (1): 55-107, 1975.

Después de aquellos trabajos hubo un abundante producción de artículos sobre la misma problemática: Carlos Rincón, "Sobre crítica e historia de la literatura hoy en Hispanoamérica", *Casa de las Américas* (La Habana) 13 (80): 135-147, sept'-oct' 1973. Del mismo C. Rincón, "Hacia una teoría de la literatura latinoamericana". *Texto Crítico* (Xalapa) 4 (11): 58-100, sept'-oct'. 1978.- Walter Mignolo, "La escena y la escritura (Una hipótesis de trabajo sobre una poética en América Latina)". *Hispanérica* (Hartwick, U.S.A.) 2 (4-5): 3-40, dic' 1973.- Nelson Osorio, "La ideología y los estudios de literatura hispanoamericana". *Casa de las Américas* (La Habana) 16 (94): 53-75, enero-feb' 1976. También de N. Osorio, "La nueva narrativa y los problemas de la crítica hispanoamericana actual". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (Lima) 3 (5): 7-26, Primer Semestre 1977.- Mario Benedetti, "El escritor y la crítica en el contexto del subdesarrollo". *Arte, Ideología, Sociedad* (México) (3): 1-21, oct' nov' 1977.- Rafael Gutiérrez Girardot, "Literatura y sociedad". *Texto Crítico* (Xalapa) 3 (8): 3-26, sept'-dic. 1977.- Hugo Achugar, "Notas para un debate sobre la crítica literaria latinoamericana". *Casa de las Américas* (La Habana) 18 (110): 3-11, sept'-oct. 1978. Guillermo Rodríguez Rivera, "América Latina y la ciencia de la literatura" *UNION* (La Habana) (4): 46-63, 1979.- Desiderio Navarro, "Un ejemplo de la lucha contra el esquematismo eurocentrista en la ciencia literaria de la América Latina y Europa". *Casa de las Américas* (La Habana) 21 (122): 77-91, sept' oct. 1980.- Antonio Cornejo Polar, "Para una agenda problemática de la crítica literaria latinoamericana: diseño preliminar", *Casa de las Américas* (La Habana) 21 (126): 117-122, mayo junio 1981. También aparecieron dos libros importantes: Graciela Maturó y otros. *Hacia una crítica literaria latinoamericana*. Buenos Aires, Fernando García Cambeiro Editor, 1976; Carlos Rincón, *El cambio en la noción de literatura*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978.

- 2** Hans Robert Jauss. "La historia literaria como desafío a la ciencia literaria". En: V. Gumbrecht et al. *La actual ciencia literaria alemana*. Salamanca, Ediciones Anaya, 1971. pp. 37-114.- En 1927, el soviético Yuri Tinianov ya había señalado diversas limitaciones de la historia literaria occidental en su artículo "De la evolución literaria". En: Eikhenbaum, Tinianov, Chklovski. *Formalismo y vanguardia*. Madrid, Alberto Corazón

- Editor (Col. Comunicación, Serie B), 1970. pp. 109-132.- Dos estudios críticos ante las diferencias de la historiografía literaria en Europa son los trabajos de Znedek Pesat, "Totalidad de la obra y evolución de la literatura", y de Felix Vodicka, "Historia de la repercusión de la obra literaria", ambos en **Lingüística formal y crítica literaria**. Madrid, Alberto Corazón Editor (Col. Comunicación, 3), 1970.
- 3 Algunos estudios sobre las limitaciones de la historia literaria latinoamericana son los de José Promis, "El discurso histórico de la literatura hispanoamericana". **Chasqui** (U.S.A.) 9 (1): 30-38, noviembre 1979; Angel Rama, "Sistema literario y producción social en Hispanoamérica". En: Fernando Alegría et al. **Literatura y praxis en América Latina**. Caracas, Monte Avila (Col. Letra Viva), 1974, y el trabajo (por publicar) de Beatriz González, investigadora del Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos", de Caracas, titulado "Problemas y tareas de la historiografía literaria latinoamericana".
 - 4 Alejandro Losada. **Creación y praxis. La producción literaria como praxis social en Hispanoamérica y el Perú**. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1976.
 - 5 José Antonio Portuondo, "Períodos y generaciones en la historiografía literaria latinoamericana". **Cuadernos Americanos** (México) (3): 231-252, mayo-junio 1948.- José Juan Arrom. **Esquema generacional de las letras hispanoamericanas**. 2a.ed. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1977.- Enrique Anderson Imbert, **Historia de la literatura hispanoamericana**, Tomo I. 6a. ed. México, F.C.E. (Col. Breviarios, 89), 1967. Rudolf Grossman. **Historia y problemas de la literatura latinoamericana**. Madrid Ediciones de la Revista de Occidente, 1972.- También Saúl Sibirsky. **Letras y cultura de la promesa, Hispanoamérica, período colonial**. Quito, Edit. Universitaria, 1966.- Cedómil Goic. **Historia de la novela hispanoamericana**. Chile, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972.- Un balance titulado "Crítica hispanoamericana: la cuestión del método generacional" fue preparado por Miguel Angel Giella, Peter Roster y Leandro Urbina y publicado en **Hispanérica** (U.S.A.) 2 (27): 47-67, diciembre 1980.
 - 6 Raimundo Lazo. **Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo I. El Período colonial (1492-1780)**. 2a.ed. La Habana; Editorial Pueblo y Educación, 1974.
 - 7 Mario Sánchez Barba. **Historia y literatura en Hispanoamérica (1492-1820)**. Valencia (España), Fundación Juan March/Editorial Castalia, 1978.
 - 8 Georges Duby. "La historia social como síntesis". En: Ciro Cardoso. **La Historia como ciencia**. San José de Costa Rica, EDUCA, 1975. p. 230.

- 9** Tinianov. *op. cit.*, p. 123. Véase nota 2.
- 10** Mijail Bajtín. "Literatura, cultura y tiempo histórico". En: *Cuestiones teóricas sobre literatura y arte*. La Habana, Universidad de La Habana (Serie Literatura y Arte), 1979. p. 57.
- 11** Gerhard Plumpe. "Estética o teoría de la práctica Literaria". *Arte, Sociedad, Ideología (México)* (1): 5-10, junio julio 1977.
- 12** Nelson Osorio. "Nueva crítica latinoamericana: de la investigación literaria a la crítica literaria". *Boletín de Teoría literaria (Caracas)* 1 (1): 15-19, s.f.
- 13** Antonio Cornejo Polar. "El indigenismo y las literaturas heterogéneas: su doble estatuto socio-cultural". *Revista de crítica literaria latinoamericana*. (Lima) 4 (7-8): 7-21, Primero y Segundo Semestres 1978. Del mismo autor: "Para una agenda problemática de la crítica literaria latinoamericana". *Casa de las Américas (La Habana)* 21 (126): 117-122, mayo-junio 1981.
- 14** Saúl Sibirsky. *Letras y cultura de la promesa. Hispanoamérica: Período Colonial*. Quito, Universidad Central del Ecuador, 1966. p. 20.
- 15** Pedro Henríquez Ureña. "La América Española y su originalidad". En: *La Utopía de América*. Caracas, Biblioteca Ayacucho N° 37, 1978. p.25 También, en el mismo libro, "Pasado y Presente".
- 16** El Concilio Primero, de noviembre de 1555 decía un párrafo: "... ni canten [los indígenas] cantares de sus ritos e historias antiguas, sin que primero sean examinados los dichos cantares por religiosos, o personas que entiendan muy bien la lengua..." Y el texto de la poco conocida *Psalmódia Christiana* (1558) de Sahagún declaraba que los indígenas "... se les han dado cantares de Dios... para que dejen los otros cantares antiguos y hanlos recibido y hanlos cantado, en algunas partes todavía los cantan, pero en otras partes y en las más porfían de volver a cantar sus cantares antiguos en sus casas o en sus tepas, lo cual pone hasta sospecha de la sinceridad de su fe cristiana. Porque en los cantares antiguos, por la mayor parte se cantan cosas idolátricas en un estilo tan oscuro que no hay quien bien los pueda entender, sino ellos solos..." Textos citados por Angel María Garibay. *Historia de la literatura Náhuatl*. 2a. ed. Tomo II. México, Porrúa, 1971. p. 95-98.
- 17** José Aderaldo Castello. *Manifestações literárias do período colonial*. 3a. ed. Sao Paulo, Editora Cultrix Ltda. 1975 p. 11.
- 18** Gloria Bravo Ahuja. *Los materiales didácticos para la enseñanza del*

español a los indígenas mexicanos. De la Conquista a la Revolución. México, Sep Setentas, 1976.

- 19 Recuérdese por ejemplo el Libro I, capítulo 1, de la *Historia general y natural de las Indias* (1535) del cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, donde se hacía evidente la discriminación contra las lenguas aborígenes: "Si algunos vocablos extraños o bárbaros aquí se hallaren, la causa es la novedad, de que se trata; y no se pongan a la cuenta de mi romance, que en Madrid nascí y en la casa real me crié y con gente noble he conversado, e algo he leydo, para que se sospeche que avré entendido mi lengua castellana, la qual de las vulgares, se tiene por la mejor de todas; y lo que oviese en este volumen que con ella no consuene, serán nombres o palabras puestas para dar a entender cosas que por ellas quieren los indios significar". Madrid, Real Academia de la Historia, 1851.
- 20 Xavier Albó. *El futuro de los idiomas oprimidos en Los Andes*. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Centro de Lingüística Aplicada (Documento 33), 1977. pp. 2-3.
- 21 Ermilo Solís Alcalá. *Códice Pérez*. Mérida (Yucatán), Editorial Liga de Acción Social, 1949. Véase también la Introducción de Ralph Roys a su edición *The Book of Chilam Balam of Chumayel*. 2a. ed. Norman, University of Oklahoma Press, 1967.
- 22 Rafael Osuna. "Sobre la educación de los jóvenes aztecas." *Anuario del Instituto de Estudios Hispanoamericanos*. U.C.V. (Caracas) (1): 123-127, 1974; Miguel León Portilla. *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes* 4a. ed. México UNAM, 1974. pp. 219-272.- Véase también Daniel Valcárcel. *Historia de la educación incaica*. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1961.
- 23 Citado por Angel María Garibay en *op. cit.* p. 97.
- 24 Abraham Arias Larreta. *Literatura colonial*. Buenos Aires, Indoamérica, 1970. p. 44.
- 25 Roberto Fernández Retamar. *Para una teoría de la literatura latinoamericana*. 2a. ed. México, Editorial Nuestro Tiempo, 1977. p. 63. En otros apartes de ese libro, como en "Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana", R.F.R. hace replanteos sobre los géneros y se refiere, por ejemplo, al Inca Garcilaso, con lo cual matiza su posición del trabajo anterior.
- 26 Beatriz González Stephan. "La crítica y los problemas de la historia literaria (El caso venezolano)", próximo a publicarse en la revista *Texto*

Crítico (Xalapa, México). Este trabajo es la redacción definitiva de la ponencia "La historia de la literatura venezolana y su articulación al conjunto literario continental", presentada por su autora en el II Congreso de la Asociación de Escritores Venezolanos (Caracas, 21-24 de mayo de 1981.)

- 27** Gonzalo Picón Febres. **La literatura venezolana del siglo XIX**. 2a. ed. Caracas, Italgráfica (Fuentes para la Historia de la Literatura Venezolana, 4), 1972. p. 59.
- 28** José Carlos Mariátegui. "Proceso de la literatura". En: **Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana**. Lima Amauta, 1974. p. 234. Los criterios de Mariátegui sobre la nación como una abstracción guardan alguna similitud con la idea de Patria que expresó el venezolano Jesús Semprún al calificar esa noción como "puramente ideal". Semprún, sin embargo, concedía que el término Patria ha sido siempre "fecundado en altos hechos prácticos". Al parecer, el venezolano también advirtió la función básicamente ideológica de la idea nacional. Jesús Semprún. "La revolución de la Independencia y la literatura". En: **Crítica Literaria**. Caracas, Ediciones Villegas, 1956. p. 30.
- 29** José Martí. "Ni será escritor en América..." En: **Ensayos sobre arte y literatura**. La Habana, Instituto Cubano del Libro (Col. Arte y Sociedad), 1972, pp. 50-51. En cuanto a la literatura colonial, ésta no podría calificarse de "venezolana" con entera precisión. Hasta 1810 la realidad geopolítica se encontraba dispersa en seis Provincias autónomas (P. de Venezuela, de Cumaná, de Maracaibo, de Guayana, de Margarita y de Trinidad). Hablar de "literatura colonial venezolana" sería referirse a la de una sola provincia. Hecha la aclaratoria, entendemos que la expresión "literatura de la colonia en Venezuela" es convencional, y se utiliza para dar una idea de conjunto, aunque no sea muy satisfactoria.
- 30** Durante años se repitió una descripción de la colonia como una etapa culturalmente aletargada y estéril. Estudios recientes revelan que no fue exactamente así, puntualizando que aquella imagen se correspondía con la difusión de la ideología anticolonial. Véase el "Prólogo" de Juan Ernesto Montenegro al libro de Mauro Páez Pumar, **Orígenes de la poesía colonial venezolana**. Caracas, Consejo Municipal del Distrito Federal, 1979. También, Ildefonso Leal. **Libros y Bibliotecas en Venezuela Colonial. 1633-1767**. Caracas, U.C.V., 1979.
- 31** Sobre este planteamiento, pero referido en particular a la literatura peruana. Antonio Cornejo Polar, "El problema nacional en la literatura peruana". **Qué hacer** (Lima) (4): 100-109, abril 1980.
- 32** José Antonio Castro. "Literatura y conciencia nacional". **Anuario I.L.L.**

Instituto de Investigaciones Literarias U.C.V. (Caracas) (1): 217-225, 1979.

- 33 Mariano Picón Salas. *Literatura venezolana*. 4a. ed., México, Diana, 1952. p. 9.
- 34 Carlos Rincón. "El cambio actual de la noción de la literatura en Latinoamérica". *ECO* (Bogotá) 22 (196): 385-421, febrero 1978.
- 35 Julio Calcaño. "Introducción" a *Parnaso Venezolano*. T. I. Caracas, Tipografía "El Cojo", 1892. p. VIII.
- 36 Pedro Arismendi Brito. "La poesía lírica en Venezuela". *El Cojo Ilustrado* Nos. 71 y 72, 1894. Incluido también en Cayetano A. Betancur. *Parnaso Venezolano*. Barcelona (España), Maucci, 1906. p. 9.
- 37 Jesús Semprún. *op. cit.*, p. 26.
- 38 Mariano Picón Salas. *op. cit.*, p. 35.
- 39 Arturo Uslar Pietri. *Letras y hombres de Venezuela*. 3a. ed. Madrid, EDIME 1974.
- 40 Luis Beltrán Guerrero. *Razón y sin razón*. Caracas, Barcelona (España), Ediciones Ariel, 1954. p. 20
- 41 Pedro Díaz Seijas. *La antigua y la moderna literatura venezolana*. Caracas Ediciones Armitano, 1966.
- 42 Pablo Ojer y Efraín Subero. *El primer poema de tema venezolano*. Caracas, Ministerio de Educación - Centro de Investigaciones Literarias de UCAB (Col. Cuadernos de Prosa, 10), 1973. p. 287-317.
- 43 Mauro Páez Pumar. *Orígenes de la poesía colonial en Venezuela*. Cf. nota 30.
- 44 Entendemos aquí por *corpus* un conjunto finito de textos constituidos en función del desarrollo del análisis sistémico, el cual debe revelar las leyes de articulación y la explicación de la colección, que deberán ser susceptibles de comprobación. Las leyes de articulación del corpus, y sus nexos con otras series literarias constituyen un objeto de conocimiento sistemático. El corpus debe ser limitado y representativo, pero no cerrado, pues las investigaciones en proceso pueden ampliarlo con nuevos elementos. El corpus es la base de las construcciones hipotéticas.
- 45 Nelson Osorio. "La ideología y los estudios de la literatura

hispanoamericana." *Casa de las Américas* (La Habana) 16 (94): 63-75, enero febrero 1976.

- 46 José Antonio Castro. *op. cit.* p. 218. Véase también: Italo Tedesco, "Cantares indígenas de Venezuela: una integración necesaria en el siglo XX". *Memoria del III Simposio de Docentes e Investigadores de la Literatura Venezolana*. Tomo II. Mérida, Instituto de Investigaciones Literarias "Gonzalo Picón Febres", 1977. pp. 449-462.
- 47 Arcadio Montiel. "Universalidad Literaria". *Memoria del III Simposio...*, pp. 498-505.
- 48 Cesáreo de Armellada. Ponencia en el III Simposio de Docentes e Investigadores de la Literatura Venezolana. Mérida, 24 25 26 de noviembre de 1977. p. 1. El texto de esta ponencia no aparece completo en la *Memoria del III Simposio*.
- 49 Efraín Subero. *op. cit.*,
- 50 Subero. "Consideraciones acerca de una literatura aborígen y negra en Venezuela". En: P. Ojer y Efraín Subero. *op. cit.*, pp. 321-331.
- 51 Mauro Páez Pumar. *op. cit.*
- 52 Esteban Emilio Mosonyi. "El lugar de las lenguas y literaturas indígenas en el contexto de la literatura venezolana". En: *Ponencias II Simposio de Docentes e Investigadores de la Literatura Venezolana*. Maracaibo, Centro de Estudios Literarios de L.U.Z. s.f., pp. 228-244.
- 53 Joaquín Gabaldón Márquez. *Muestrario de historiadores coloniales de Venezuela*. Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1948.
- 54 Claudio Guillén. *Literature as System*. Princenton University Press, 1971. Znedek Pesat, "Totalidad de la obra y Evolución de la literatura" En: *Lingüística formal y crítica literaria*. Madrid, Alberto Corazón Editor, 1970. Mijaíl Jrapchenko, "Análisis sistémico de la literatura". En: *Cuestiones teóricas sobre literatura y arte*. Universidad de La Habana, 1979. Angel Rama, "Sistema literario y sistema social en Hispanoamérica". En: *Literatura y praxis en América Latina*. Caracas, Monte Avila, 1974. pp. 81-109. Bernard Mouralis, *Las contraliteraturas*. Buenos Aires, El Ateneo, 1978. En particular el capítulo "Lo heredado".
- 55 Oldrich Belic, "La periodización y sus problemas". *Problemas de literatura* (Valparaíso) 1 (2): 17-21, septiembre 1972.
- 56 Gustavo Luis Carrera. "Proposiciones para una periodificación de la

literatura venezolana". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. (Lima) 3 (5): 27-34, 1er. Semestre, 1977. (Ponencia leída en el Simposio Internacional de Estudios Hispánicos. Budapest, agosto 1976).- También tiene interés el artículo de R. J. Lovera De-Sola, "El proceso de la literatura venezolana". *El Nacional* (Caracas). 23-2-81. p. C-6.